

CAPÍTULO 5: ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?

El señor Moody se dirigía una vez a una multitudinaria reunión de niños en Edimburgo. Para captar su atención, comenzó con una pregunta: "¿Qué es la oración?", sin esperar respuesta, pues esperaba darla él mismo.

Para su asombro, decenas de manitas se levantaron por todo el salón. Le pidió a un muchacho que respondiera; y la respuesta llegó al instante, clara y correcta: «La oración es ofrecer nuestros deseos a Dios por cosas agradables a Su voluntad, en el nombre de Cristo, con confesión de nuestros pecados y agradecido reconocimiento de Sus misericordias». El comentario encantado del Sr. Moody fue: «¡Gracias a Dios, muchacho, que naciste en Escocia!». Pero eso fue hace medio siglo. ¿Qué tipo de respuesta obtendría hoy? ¿Cuántos niños ingleses podrían dar una definición de oración? Piensa por un momento y decide qué respuesta darías tú mismo.

¿Qué queremos decir con oración? Creo que la gran mayoría de los cristianos diría: «La oración es pedir cosas a Dios». Pero seguramente la oración es mucho más que meramente "hacer que Dios haga nuestros recados", como alguien lo expresa. Es algo más elevado que el mendigo llamando a la puerta del rico.

La palabra "oración" realmente significa "un deseo dirigido hacia", es decir, hacia Dios. Todo lo que la verdadera oración busca es a Dios mismo, porque con Él obtenemos todo lo que necesitamos. La oración es simplemente "la vuelta del alma hacia Dios". David la describe como el elevar del alma viviente al Dios viviente. «A ti, oh Jehová, levantaré mi alma» (Sal. 25:1). ¡Qué hermosa descripción de la oración es esa! Cuando deseamos que el Señor Jesús contemple nuestras almas, también deseamos que la hermosura de la santidad esté sobre nosotros.

Cuando elevamos nuestras almas a Dios en oración, le damos a Dios la oportunidad de hacer lo que Él quiera en nosotros y con nosotros. Es ponernos a disposición de Dios. Dios siempre está de nuestro lado. Cuando el hombre ora, es la oportunidad de Dios. El poeta dice:

La oración es el anhelo sincero del alma,
Expresado o no expresado,
El movimiento de un fuego oculto
Que tiembla en el pecho.

«La oración», dice un viejo místico judío, «es el momento en que el cielo y la tierra se besan».

La oración, entonces, ciertamente no es persuadir a Dios para que haga lo que nosotros queremos que Dios haga. No es doblegar la voluntad de un Dios renuente a nuestra voluntad. No cambia Su propósito, aunque puede liberar Su poder. «No debemos concebir la oración como superando la renuencia de Dios», dice el Arzobispo Trench, «sino como asiendo Su más alta disposición».

Porque Dios siempre propone nuestro mayor bien. Incluso la oración ofrecida con ignorancia y ceguera no puede desviarlo de eso, aunque, cuando oramos persistentemente por algo dañino, nuestra obstinación puede lograrlo, y sufrimos en consecuencia. «Les dio lo que pidieron», dice el Salmista, «más envió mortandad a sus almas» (Sal. 106:15). Ellos se atraieron esta "mortandad" sobre sí mismos. Fueron "malditos con la carga de una oración concedida".

¡La oración, en la mente de algunas personas, es solo para emergencias! El peligro amenaza, viene la enfermedad, faltan las cosas, surgen dificultades: entonces oran. Como el incrédulo en una mina de carbón: cuando el techo comenzó a derrumbarse, comenzó a orar. Un viejo cristiano que estaba cerca comentó en voz baja: «Sí, no hay nada como los terrones de carbón para hacer orar a un hombre».

La oración es, sin embargo, mucho más que meramente pedir algo a Dios, aunque esa es una parte muy valiosa de la oración, aunque solo sea porque nos recuerda nuestra total dependencia de Dios. También es comunión con Dios: trato con Dios, hablar con (no solo a) Dios. Llegamos a conocer a las personas hablando con ellas. Llegamos a conocer a Dios de manera similar. El resultado más elevado de la oración no es la liberación del mal, o la obtención de alguna

cosa codiciada, sino el conocimiento de Dios. «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero» (Juan 17:3). Sí, la oración descubre más de Dios, y ese es el mayor descubrimiento del alma. Los hombres aún claman: «¡Oh, quién me diera saber dónde hallar a Dios! ¡Iría yo hasta su tribunal!» (Job 23:3).

El cristiano de rodillas siempre lo "encuentra", y es hallado por Él. La visión celestial del Señor Jesús cegó los ojos de Saulo de Tarso en su camino descendente, pero él nos dice, más tarde, que cuando oraba en el templo de Jerusalén cayó en un éxtasis y vio a Jesús. «...y le vi» (Hechos 22:18). Fue entonces cuando Cristo le dio su gran comisión de ir a los gentiles. La visión es siempre precursora de vocación y aventura. Así fue con Isaías. «Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo» (Isa. 6:1). El profeta estaba evidentemente en el santuario orando cuando esto sucedió. Esta visión también fue un preludio a un llamado al servicio: «Ve...». Ahora bien, no podemos tener una visión de Dios a menos que oremos. Y donde no hay visión, el alma perece.

¡Una visión de Dios! El hermano Lorenzo dijo una vez: «La oración no es otra cosa que un sentido de la presencia de Dios» — y eso es precisamente la práctica de la presencia de Dios.

Un amigo de Horace Bushnell estuvo presente cuando ese hombre de Dios oró. Un sentido maravilloso de la cercanía de Dios se apoderó de él. Él dice: «Cuando Horace Bushnell escondió su rostro entre sus manos y oró, tuve miedo de extender mi mano en la oscuridad, no sea que tocara a Dios». ¿Era el Salmista de antaño consciente de tal pensamiento cuando clamó: «Alma mía, en Dios solamente espera»? (Sal. 62:5). Creo que gran parte de nuestro fracaso en la oración se debe al hecho de que no hemos examinado esta cuestión: «¿Qué es la oración?». Es bueno ser conscientes de que siempre estamos en la presencia de Dios. Es mejor contemplarlo en adoración. Pero es lo mejor de todo tener comunión con Él como un Amigo — y eso es oración.

La oración real, en su punto más alto y mejor, revela un alma sedienta de Dios — solo de Dios. La oración real viene de los labios de aquellos cuyo afecto está puesto en las cosas de arriba. Qué hombre de oración fue Zinzendorf. ¿Por qué? Buscaba al Dador más que a Sus dones. Él dijo: «Tengo una pasión: es Él, solo Él». Incluso el mahometano parece haber captado este pensamiento. Él dice que hay tres grados en la oración. El más bajo es el que se habla solo con los labios. El siguiente es cuando, con un esfuerzo resuelto, logramos fijar nuestros pensamientos en las cosas divinas. El tercero es cuando el alma encuentra difícil apartarse de Dios. Por supuesto, sabemos que Dios nos ordena que le "pidamos". Todos le obedecemos hasta ese punto; y podemos estar bien seguros de que la oración agrada a Dios y suple todas nuestras necesidades. ¡Pero sería un niño extraño el que solo buscara la presencia de su padre cuando deseara algún regalo de él! ¿Y no anhelamos todos elevarnos a un nivel más alto de oración que la mera petición? ¿Cómo se ha de hacer?

Me parece que solo dos pasos son necesarios — o diremos, ¿dos pensamientos? Debe haber, en primer lugar, una realización de la gloria de Dios, y luego de su gracia. A veces cantamos:

Gracia y gloria fluyen de Ti;

Rociaré, oh rocíalas, Señor, sobre mí.

Ni es tal deseo fantasioso, aunque algunos puedan preguntar qué tiene que ver la gloria de Dios con la oración.

Pero, ¿no deberíamos recordarnos a nosotros mismos Quién es Aquel a quien oramos? Hay lógica en la copla:

Vienes ante un Rey;

Grandes peticiones trae contigo.

¿Crees que alguno de nosotros pasa suficiente tiempo meditando, sí, y maravillándonos, en la gloria grandísima de Dios? ¿Y supones que alguno de nosotros ha comprendido el significado completo de la palabra "gracia"? ¿No son nuestras oraciones tan a menudo ineficaces y sin poder — y a veces incluso sin

oración — porque nos apresuramos sin pensar y sin preparación a la presencia de Dios, sin realizar la majestad y la gloria del Dios a quien nos acercamos, y sin reflexionar sobre las riquezas grandísimas de Su gloria en Cristo Jesús, de las cuales esperamos echar mano? Debemos "pensar magníficamente de Dios".

¿Podemos entonces sugerir que antes de presentar nuestras peticiones ante Dios, primero moremos en meditación sobre Su gloria y luego sobre Su gracia — porque Él nos ofrece ambas? Debemos elevar el alma a Dios. Coloquémonos, por así decirlo, en la presencia de Dios y dirijamos nuestra oración al Rey de reyes, y Señor de señores, que solo tiene inmortalidad, habitando en luz inaccesible... a quien sea honor y poder eterno (1 Tim. 6:16). Entonces démosle adoración y alabanza por causa de Su gloria grandísima. La consagración no es suficiente. Debe haber adoración.

«Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos», claman los serafines; «toda la tierra está llena de su gloria» (Isa. 6:3). «Gloria a Dios en las alturas», clama la "multitud de las huestes celestiales" (Lucas 2:14). Sin embargo, algunos de nosotros tratamos de tener comunión con Dios sin detenernos a "quitarnos el calzado de nuestros pies" (Éxodo 3:5).

Los labios claman «Dios, ten misericordia»

Que nunca claman «Dios, sea alabado».

¡Oh venid, adorémosle!

Y podemos acercarnos a Su gloria con confianza. ¿No oró nuestro Señor para que Sus discípulos pudieran contemplar Su gloria? (Juan 17:24). ¿Por qué? ¿Y por qué está "toda la tierra llena de Su gloria"? El telescopio revela Su gloria infinita. El microscopio revela Su gloria más íntima. Incluso el ojo sin ayuda ve una gloria sobrecogedora en el paisaje, el sol, el mar y el cielo. ¿Qué significa todo esto? Estas cosas son solo una revelación parcial de la gloria de Dios. No fue un deseo de autosuficiencia lo que llevó a nuestro Señor a orar: «Padre, glorifica a tu Hijo» ... «Padre, glorifícame tú» (Juan 17:1, 3). Nuestro querido Señor quiere que nos demos cuenta de Su infinita fiabilidad y poder ilimitado, para que podamos acercarnos a Él con fe y confianza simples.

Al anunciar la venida de Cristo, el profeta declaró que "la gloria del Señor será revelada, y toda carne juntamente la verá" (Isa. 40:5). Ahora debemos vislumbrar esa gloria antes de poder orar correctamente. Así que nuestro Señor dijo: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos [el reino de la gloria], santificado sea tu nombre». No hay nada como un vislumbre de la gloria para desterrar el miedo y la duda. Antes de ofrecer nuestras peticiones, ¿no nos ayudará ofrecer nuestra adoración con las palabras de alabanza usadas por algunos de los santos de antaño? Algunas almas devotas pueden no necesitar tal ayuda. Se nos dice que Francisco de Asís pasaba frecuentemente una hora o dos en oración en la cima del Monte Averno, mientras que la única palabra que escapaba de sus labios era "Dios" repetida a intervalos. ¡Comenzaba con la adoración — y a menudo se detenía allí!

Pero la mayoría de nosotros necesitamos alguna ayuda para darnos cuenta de la gloria del Dios invisible antes de poder alabarle y adorarlo adecuadamente. El viejo William Law dijo: «Cuando comiences a orar, usa tales expresiones de los atributos de Dios que te hagan sensible a Su grandeza y poder».

Este punto es de tan tremenda importancia que nos atrevemos a recordar a nuestros lectores palabras útiles. Algunos de nosotros comenzamos cada día con una mirada hacia el cielo mientras decimos: «Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». La oración: «¡Oh Señor Dios santísimo, oh Señor poderosísimo, oh santo y misericordioso Salvador!» es a menudo suficiente para traer una solemne reverencia y un espíritu de santa adoración sobre el alma. El *Gloria in Excelsis* del Servicio de la Comunión es sumamente edificante: «Gloria sea a Dios en las alturas, y en la tierra paz... A Ti te alabamos; a Ti te bendecimos; a Ti te adoramos; a Ti te glorificamos; a Ti te damos gracias por Tu gran gloria, oh Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Todopoderoso». ¿Cuál de nosotros puede desde el corazón pronunciar una alabanza como esa y permanecer inmóvil, inconsciente de la mismísima presencia y maravillosa majestad del Señor Dios Todopoderoso? Un verso de un himno puede servir al mismo propósito.

¡Dios mío, cuán maravilloso eres Tú!

¡Cuán brillante es Tu majestad!
Cuán hermoso es Tu trono de misericordia
En las profundidades de la luz ardiente.
Cuán maravilloso, cuán hermoso
Debe ser la visión de Ti;
Tu sabiduría infinita, poder ilimitado
Y una pureza imponente.

Esto nos lleva a los mismísimos cielos, como también lo hacen las palabras:

Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso,
Todas Tus obras alabarán Tu nombre
En la tierra, y el cielo, y el mar.

Necesitamos clamar, y clamar a menudo: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador» (Lucas 1:46, 47). ¿Podemos captar el espíritu del Salmista y cantar: «Bendice, oh alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre»? (Sal. 103:1). «Bendice, oh alma mía, al Señor. ¡Oh Señor Dios mío, cuán grande eres! Estás vestido de honor y majestad» (Sal. 104:1). ¿Cuándo aprenderemos que «en su templo todo dice: ¡Gloria!» (Sal. 29:9, R.V.)? Clamemos también nosotros: ¡Gloria!

Semejante adoración a Dios, tal adoración, alabanza y acción de gracias, no solo nos ponen en el espíritu de oración, sino que de alguna manera misteriosa ayudan a Dios a obrar en nuestro favor. ¿Recuerdas aquellas palabras maravillosas: «El que ofrece sacrificio de alabanza me glorifica y prepara el camino para que le muestre la salvación de Dios»? (Sal. 50:23, R.V., marg.). La alabanza y la acción de gracias no solo abren las puertas del cielo para que yo me acerque a Dios, sino que también «preparan un camino» para que Dios me bendiga. San Pablo clama: «¡Regocijaos siempre!» antes de decir: «Orad sin cesar». Así que nuestra alabanza, así como nuestras oraciones, debe ser sin cesar.

En la resurrección de Lázaro, la oración de nuestro Señor tuvo como primera expresión una nota de acción de gracias. «Padre, te doy gracias porque me has oído» (Juan 11:41). Lo dijo para que los que estaban alrededor lo oyeran. Sí, y para que nosotros también lo oigamos.

Quizás te estés preguntando por qué debemos dar gracias a Dios especialmente por Su gran gloria cuando nos arrodillamos en oración; y por qué deberíamos pasar tiempo pensando en esa gloria y contemplándola. Pero, ¿no es Él el Rey de Gloria? Todo lo que Él es y todo lo que hace es gloria. Su santidad es «gloriosa» (Éxodo 15:11). Su nombre es glorioso (Deut. 28:58). Su obra es «gloriosa» (Sal. 111:3). Su poder es glorioso (Col. 1:11). Su voz es gloriosa (Isa. 30:30).

*Todas las cosas brillantes y hermosas,
Todas las criaturas grandes y pequeñas,
Todas las cosas sabias y maravillosas,
El Señor Dios las hizo todas,*

para Su gloria.

«Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas; a él sea la gloria por siempre» (Rom. 11:36). Y este es el Dios que nos invita a venir a Él en oración. Este Dios es nuestro Dios, y tiene «dones para los hombres» (Sal. 68:18). Dios dice que todo aquel que es llamado por Su nombre ha sido creado para Su gloria (Isa. 43:7). Su Iglesia ha de ser una Iglesia «gloriosa»: santa y sin mancha (Efesios 5:27). ¿Te has dado cuenta plenamente de que el Señor Jesús desea compartir con nosotros la gloria que vemos en Él? Este es Su gran don para ti y para mí, Sus redimidos. Créeme, cuanto más tengamos de la gloria de Dios, menos buscaremos Sus dones. No solo en aquel día «cuando él venga para ser glorificado en sus santos» (II Tes. 1:10) hay gloria para nosotros, sino aquí y ahora, hoy. Él desea que seamos partícipes de Su gloria. ¿No lo dijo nuestro Señor mismo? «La gloria que me diste, yo les he dado», declara (Juan 17:22). ¿Cuál es el mandamiento de Dios? «Levántate, resplandece, porque ha venido tu

luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti». Más aún: «Su gloria será vista sobre ti», dice el profeta inspirado (Isa. 60:1, 2).

Dios querría que la gente dijera de nosotros lo que San Pedro dijo de los discípulos de antaño: «El Espíritu de gloria y el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (I Pedro 4:14). ¿No sería esa una respuesta a la mayoría de nuestras oraciones? ¿Podríamos pedir algo mejor? ¿Cómo podemos obtener esta gloria? ¿Cómo hemos de reflejarla? Solo como resultado de la oración. Es cuando oramos que el Espíritu Santo toma de las cosas de Cristo y nos las revela (Juan 16:15).

Fue cuando Moisés oró: «Muéstrame, te ruego, tu gloria», que no solo vio algo de ella, sino que compartió algo de esa gloria, y su propio rostro resplandeció con la luz de ella (Éxodo 33:18; 34:29). Y cuando nosotros también contemplamos la «gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (II Cor. 4:6), no solo veremos un destello de esa gloria, sino que obtendremos algo de ella nosotros mismos.

Ahora bien, eso es oración, y el resultado más alto de la oración. Tampoco hay otra manera de asegurar esa gloria, para que Dios sea glorificado en nosotros (Isa. 60:21).

Meditemos a menudo en la gloria de Cristo: contemplémosla y así reflejémosla y recibámosla. Esto es lo que les sucedió a los primeros discípulos de nuestro Señor. Dijeron con tono de asombro: «¡Hemos contemplado su gloria!» Sí, ¿pero qué siguió? Unos pocos pescadores humildes, sin letras y oscuros, acompañaron a Cristo un poco de tiempo, viendo Su gloria; y he aquí que ellos mismos captaron algo de esa gloria. Y entonces otros se maravillaban y «reconocían que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13). Y cuando podamos declarar, con San Juan: «Sí, y nuestra comunión es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo» (I Juan 1:3), la gente dirá lo mismo de nosotros: «¡Han estado con Jesús!»

Cuando elevamos nuestra alma en oración al Dios vivo, obtenemos la belleza de la santidad tan seguramente como una flor se vuelve hermosa al vivir bajo la luz del sol. ¿No fue nuestro Señor mismo transfigurado cuando oró? Y la «misma forma» de nuestro rostro cambiará, y tendremos nuestro Monte de la

Transfiguración cuando la oración tenga su lugar legítimo en nuestras vidas. Y los hombres verán en nuestros rostros «la señal externa y visible de una gracia interna y espiritual». Nuestro valor para Dios y para el hombre está en proporción exacta al grado en que revelamos la gloria de Dios a los demás.

Hemos morado tanto en la gloria de Aquel a quien oramos que ahora no debemos hablar de Su gracia.

¿Qué es la oración? Es una señal de vida espiritual. ¡Tendría yo tanta expectativa de vida en un hombre muerto como de vida espiritual en un alma sin oración! Nuestra espiritualidad y nuestra fructificación están siempre en proporción a la realidad de nuestras oraciones. Si, pues, nos hemos extraviado en algún aspecto del hogar en cuanto a la oración, resolvamos hoy: «Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: Padre...»

En este punto dejé mi pluma, y en la página del primer papel que recogí estaban estas palabras: «El secreto del fracaso es que vemos a los hombres más bien que a Dios. El romanismo tembló cuando Martín Lutero vio a Dios. El "gran despertamiento" surgió cuando Jonathan Edwards vio a Dios. El mundo se convirtió en la parroquia de un solo hombre cuando John Wesley vio a Dios. Multitudes fueron salvadas cuando Whitefield vio a Dios. Miles de huérfanos fueron alimentados cuando George Muller vio a Dios. Y Él es "el mismo ayer, hoy y por los siglos"».

¿No es hora de que obtengamos una nueva visión de Dios, de Dios en toda Su gloria? ¿Quién puede decir qué sucederá cuando la Iglesia vea a Dios? Pero no esperemos a los demás. Obtengamos cada uno de nosotros, con rostro descubierto y corazón sin mancha, esta visión de la gloria del Señor.

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). Ningún misionero que haya tenido el gozo de conocer me impresionó tanto como el Dr. Wilbur Chapman. Escribió a un amigo: «He aprendido algunas grandes lecciones acerca de la oración. En una de nuestras misiones en Inglaterra, las audiencias eran sumamente pequeñas. Pero recibí una nota diciendo que un misionero americano... iba a orar para que la bendición de Dios

descendiera sobre nuestra obra. Era conocido como "Hyde el que Ora". Casi inmediatamente la marea cambió. El salón se llenó por completo, y en mi primera invitación cincuenta hombres aceptaron a Cristo como su Salvador. Al irnos, dije: "Señor Hyde, quiero que usted ore por mí". Vino a mi habitación, giró la llave en la puerta, se arrodilló, y esperó cinco minutos sin que una sola sílaba saliera de sus labios. Podía oír los latidos de mi propio corazón y los suyos. Sentí las lágrimas calientes corriendo por mi rostro. Sabía que estaba con Dios. Entonces, con el rostro levantado, por el cual las lágrimas corrían, dijo: "¡Oh Dios!" Luego, por al menos cinco minutos más, estuvo en silencio de nuevo; y entonces, cuando supo que estaba hablando con Dios... subieron desde lo profundo de su corazón tales peticiones por los hombres como nunca antes había escuchado. Me levanté de mis rodillas para saber lo que era la oración real. Creemos que la oración es poderosa, y lo creemos como nunca antes lo habíamos creído».

El Dr. Chapman solía decir: «Fue un tiempo de oración con Juan Hyde lo que me hizo comprender lo que era la oración real. Le debo más que a ningún otro hombre por mostrarme lo que es una vida de oración y lo que es una vida realmente consagrada. . . . Jesucristo se convirtió en un nuevo Ideal para mí, y tuve un atisbo de Su vida de oración; y tuve un anhelo que ha permanecido hasta el día de hoy de ser un hombre realmente orante». Y Dios el Espíritu Santo puede enseñarnos así.

Oh, vosotros que suspiráis y languidecéis

Y lloráis vuestra falta de poder,

Oíd este suave susurro:

«¿No habéis podido velar una hora?»

Para la fecundidad y la bendición

No hay camino real;

El poder para el servicio santo

Es el trato con Dios.